

Por él, no en balde llores; por ti llora;
 ten compasión de ti, pues que no amas.
 Su tenaz aflicción, sus penas graves,
 envidiale más bien, pues tú no sabes
 en qué esfera de luz soñando mora,
 lleno siempre de ti su pensamiento;
 y cómo en tu mirar, para él airado,
 absorbe delicioso arrobamiento
 su pobre corazón desconsolado.
 Nunca sabrás cuán loco y delirante
 siguiéndote admirado se extasia,
 ni cómo se apodera, osado amante,
 de ti, pobre mujer, su fantasía;
 cómo tu amor su espíritu apasiona;
 cómo, soñando plácidas quimeras,
 te pone bajo el solio y te corona,
 y cómo es rey de veras.

• De esto, no sabes nada. Tu alma inerte,
 altiva, adusta, fría,
 duerme sueño de muerte.

Un día ves pasar tras otro día
 sin llevarte calor, luz ni alegría;
 y sin vanos reproches
 iguales ves pasar las negras noches.

Tu corazón, sin peña ni ventura,
 la calma y el olvido

logró de anticipada sepultura.

¡Oh Dios!, muy desdichado
 es quien ama sin ser correspondido;
 pero mayor desgracia siempre ha sido
 el no poder amar quien es amado.

LUIS SALLES

EL PAÑUELO ROJO

El sol sobre la marisma
 lanza sus rayos de fuego.
 Bajo los sauces, los toros
 sueñan, respiran el fresco,
 y en las aguas encharcadas
 hunden bien los cuatro remos.
 Unos, la amarga rétama
 buscan, y los tallos tiernos
 saborean; otros bajan
 la testuz, y contra el recio
 tronco el enarcado lomo
 frotan y rascan mugiendo,
 mientras enjambre de moscas,
 arrojándose sobre ellos,
 chupa su sangre inflamada,
 más bien á miles que á cientos.

Súbito, de la rumiante
 tropa se destaca fiero
 un toro, y clava la vista
 en algo que ve á lo lejos.
 Dos chicuelas, junto á un roble
 que el leñador echó al suelo,
 para formar su hacecillo
 ligan el ramaje seco.

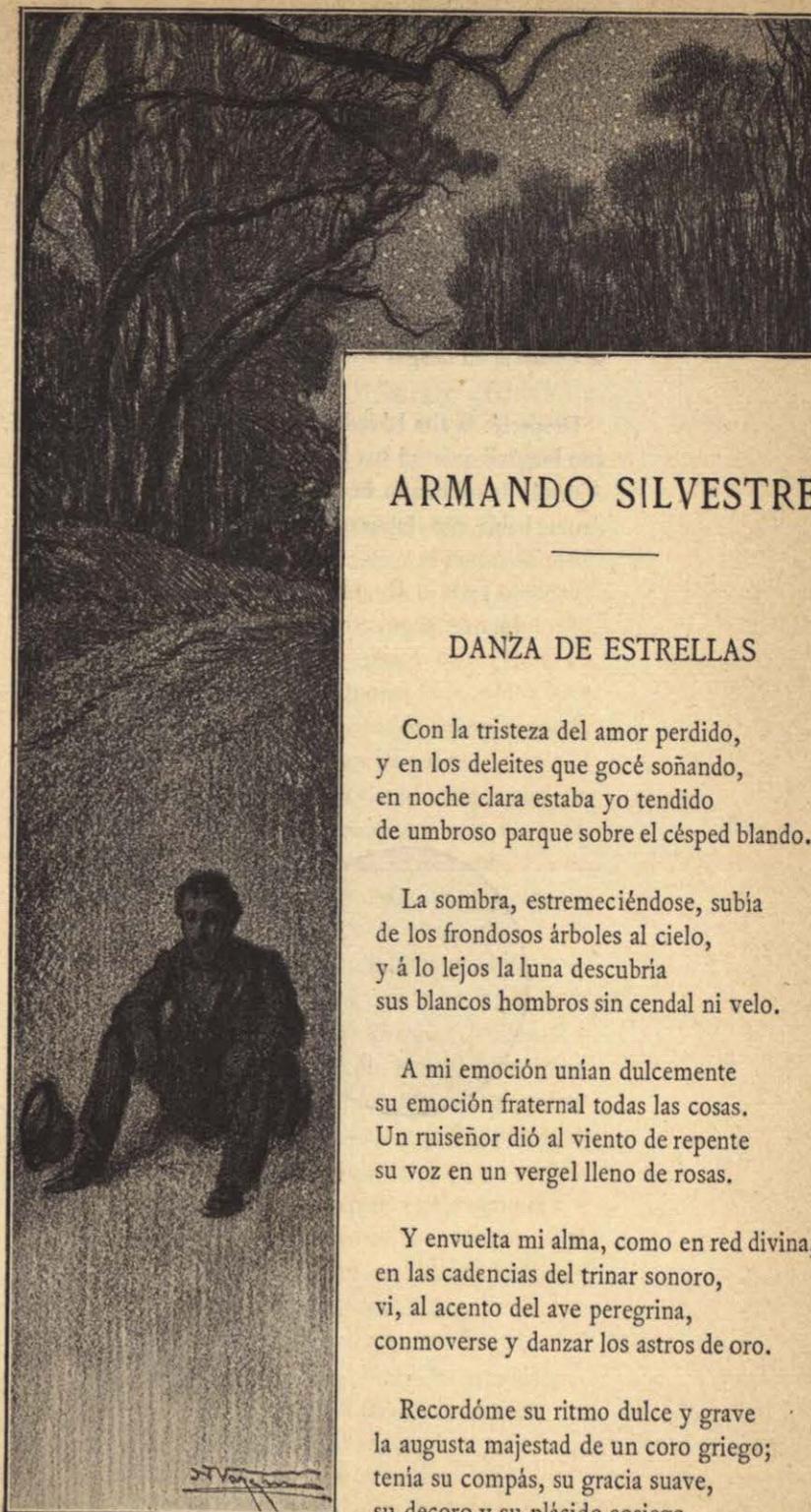
Una de ellas los dos hombros
 cubre con rojo pañuelo,
 que al resplandor de la tarde
 brilla y fulgura sangriento.

Inclinada la cabeza,
 echando los ojos fuego,
 veloz carrera emprende

el furioso bruto. Presto
baja al prado, el barranquillo
cruza, y llega á los linderos
de la selva. Entre los árboles
leves gritos suenan trémulos,
y cual gentiles gacelas,
por los angostos senderos,
la pareja, temerosa,
pasa gritando y huyendo.

En larga pica apoyado,
el pastor atisba el riesgo,
silba dos veces, y extiende
el ágil brazo.—¡Aún es tiempo!
Contra las dos campesinas
va el toro seguro y recto...
¡Perdidas están!.. De pronto
sale un mastín al encuentro
de la res embravecida;
y tal como en el desierto
ataca y abate al búfalo
la pantera, así, en silencio,
sin ladrar, terrible salto
da el can, y al toro soberbio
en el blando morro clava
los colmillos. Con esfuerzo
desesperado se agita
el cornudo, y con tremendos
mugidos; pero es vencido,
y atrás vuelve á pasos lentos.

Mientras las dos niñas rubias
tornan, por el soto, al pueblo;
cogiendo van avellanas,
charlando van y riendo;
y á la mayor la pequeña,
la del purpúreo pañuelo:
—«¡Buen susto, dice, me ha dado
aquel perrazo tan feo!»



ARMANDO SILVESTRE

DANZA DE ESTRELLAS

Con la tristeza del amor perdido,
y en los deleites que gocé soñando,
en noche clara estaba yo tendido
de umbroso parque sobre el césped blando.

La sombra, estremeciéndose, subía
de los frondosos árboles al cielo,
y á lo lejos la luna descubría
sus blancos hombros sin cendal ni velo.

A mi emoción unían dulcemente
su emoción fraternal todas las cosas.
Un rruiseñor dió al viento de repente
su voz en un vergel lleno de rosas.

Y envuelta mi alma, como en red divina,
en las cadencias del trinar sonoro,
vi, al acento del ave peregrina,
conmoverse y danzar los astros de oro.

Recordóme su ritmo dulce y grave
la augusta majestad de un coro griego;
tenía su compás, su gracia suave,
su decoro y su plácido sosiego.